

Dammert Bellido, José
Aportes a la IV Conferencia
General del Episcopado Latinoamericano
En Santo Domingo, Octubre 1992.

BX
1756
D15

JOSE DAMMERT BELLIDO
OBISPO DE CAJAMARCA Y
PRESIDENTE DE LA
CONFERENCIA EPISCOPAL
PERUANA

- ◆ APORTES A LA IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO EN SANTO DOMINGO. Oct. 92.
- ◆ DISCURSO ANTE LA FACULTAD DE TEOLOGIA DE BARCELONA. Nov. 92.
- ◆ PALABRAS DIRIGIDAS A LA CADE 92 EN ICA. Dic. 92.



El Personal del Servicio Editorial, Impresiones y Difusión de la Asociación Obispo «Martínez Compañón», dedica este folleto a su querido Obispo como expresión de su gratitud, por haber hecho posible este servicio.

6

Cajamarca, 10 de diciembre de 1992.

APORTE A LA IV CONFERENCIA GENERAL DEL ESPISCOPADO LATINO- AMERICANO EN SANTO DOMINGO

PRIORIDAD DE LOS INDIGENAS Y AFROAMERICANOS

El Santo Padre en sus mensajes a los indígenas y afroamericanos manifestó que «la dimensión cultural (de los indígenas), con miras a la evangelización, será una de las prioridades de la IV Conferencia (n. 4), y «la solicitud de la Iglesia por vosotros y vuestras comunidades (afroamericanas), con miras a la nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana, será puesto de manifiesto en la IV Conferencia» (n. 4).

Como Obispo de un país con fuerte tradición y presencia indígena, y parcial afroamericana, y en nombre de la Comisión 26 sobre dichas culturas, extraña la no mención de ambos grupos, que son unos 150 millones en América Latina y en el Caribe, en la Nueva Evangelización.

Frente a ellos parece que no seguimos las expresas orientaciones pontificias.

La cita de Pedro Morandé, leída en la ponencia de hoy, no se basa en conocimiento directo de la cultura indígena. Desde el principio de la predicación del Evangelio en este continente no se abrió diálogo con la cultura indígena, ni se trató de conocer su mentalidad. Tampoco se escuchó a los traídos de Africa, sino que se les bautizó al desembarcar para ser registrados con nombres de Santoral Católico.

A lo largo de los siglos, no se ha tratado de penetrar en su pensamiento ni comprender su cosmovisión, desechándolos como primitivos y bárbaros, que no están a la altura de los europeos.

Lo que se llama inculturación en la Iglesia, es un tema que merece la más larga reflexión de nuestra parte. No se trata de un problema puramente intelectual, sino de un problema mucho más humano que supone en muchos de nosotros una verdadera conversión, es decir por caminos nuevos que requerirían un largo proceso.

Hace 45 años el Instituto Lingüístico de Verano trabaja en una región de la Amazonía peruana en el aprendizaje de las diversas lenguas nativas, en la redacción de gramáticas, vocabularios, textos de educación, traducción de las Sagradas Escrituras y formación de maestros bilingües nativos, al mismo tiempo que en su incorporación a grupos evangélicos.

Ahora comienza igual trabajo en los Andes para traducir la Biblia al quechua, con el consiguiente desafío para la Iglesia.

Finalmente, en nombre de todos los miembros de la Comisión 26, solicito que en el documento final de la Conferencia pidamos perdón a los indígenas y afroamericanos con las expresiones claras y fuertes que el Santo Padre lo ha hecho.

Santo Domingo, 19 de octubre de 1992.

José Dammert Bellido,
Obispo de Cajamarca y
Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana

APORTE EN LA COMISION DE CULTURAS INDIGENAS Y AFROAMERICANAS - SANTO DOMINGO

La selección de las opciones pastorales prioritarias es, sin duda, una de las tareas más importantes de esta conferencia. Permítanme, hermanos, expresar mi opinión al respecto.

La conmemoración de los 500 años de evangelización de América nos recuerda que la predicación del Evangelio de Jesucristo comenzó en nuestro continente con la defensa de la vida de los más indefensos, los indígenas, los habitantes originales de esta isla. No es casual que el Papa en su Discurso Inaugural recordara los nombres de Montesinos y Las Casas. En ellos, y en tantos otros, el anuncio del Evangelio, el llamado a la conversión al Reino, se ligó inseparablemente en este continente a la defensa de la vida amenazada.

Hoy nuestra predicación tampoco puede ser auténtica si nos desligamos del clamor de los millones y millones de mujeres y hombres indígenas y afroamericanos: un clamor por el reconocimiento y el respeto a sus culturas, a su manera de ser, a su derecho de ser participantes en la vida de nuestras sociedades y de nuestra Iglesia.

Queremos una Iglesia que opte hoy decididamente por una evangelización desde las culturas indígenas y afroamericanas. Queremos una Iglesia que se encarne de verdad en la vida de estos hombres y mujeres tantas veces maltratados, discriminados, menospreciados. En una palabra, queremos una inculturación de la Buena Noticia de Jesús en el mundo de estos hombres y mujeres que, sin duda, han cargado durante siglos, y siguen cargando hoy, con la cruz.

Hermanos, soy uno de los pocos aquí en esta asamblea que ha estado en el Vaticano y en Medellín. Nuestras conferencias, con todas nuestra limitaciones, han sido una buena noticia para los pueblos del continente. Hoy en esta IV Conferencia de Santo Domingo, tenemos una gran oportunidad de ser fieles a Jesús y, a la vez, buena noticia para nuestros hermanos indígenas y afroamericanos. Tengo la plena confianza de que esa oportunidad no la vamos a perder.

Santo Domingo, 23 de octubre de 1992.

José Dammert Bellido,
Obispo de Cajamarca y
Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana

DISCURSO ANTE LA FACULTAD DE TEOLOGIA DE BARCELONA:

«PASADO, PRESENTE Y FUTURO EN LA IGLESIA LATINOAMERICA»

INTRODUCCION

Agradezco al señor Gran Canciller y Arzobispo de Barcelona y a la Facultad de Teología de Catalunya la invitación para dirigirme a ustedes sobre el tema: Pasado, presente y futuro en la Iglesia en América Latina.

El tema es muy vasto para tratar de la Nueva Evangelización que compete a la Iglesia en América Latina por la variedad de asuntos y la heterogeneidad de situaciones. Es cierto que tenemos características comunes, pero también las diferencias son grandes. En Santo Domingo los obispos Caribeños resaltaron que no se consideran integrantes de América Latina, por diversidad de orígenes, de historia, de confesión religiosa y de actual realidad, y por lo que personalmente conozco, Jamaica y Curazao, estoy de acuerdo. El inmenso Brasil con su numerosa población, en gran parte descendiente de africanos y lengua, difiere de los países de habla hispana.

Un habitante de Buenos Aires no se identifica con un aimara de las orillas del Titicaca, como un sueco no es un andaluz, aunque ambos sean europeos.

De lejos se ven a los continentes homogéneos, pero en la vida diaria se perciben grandes diferencias. Nos une la historia, la lengua y la religión.

Hago referencias a América Latina, pero principalmente hablo de mi país, el Perú, de larga tradición e igualmente diverso, comenzando por su geografía, que por lo general nos divide en tres regiones: costa, sierra y selva.

Mas los habitantes de los Andes norteños son diferentes racial y lingüísticamente de aquellos que habitan las Cordilleras centrales y meridionales, y en estas los quechuas son diversos de los aimaras. La variedad de idiomas, tradiciones y costumbres de las tribus amazónicas es grande. Ciertas zonas de la costa por la presencia de afroamericanos, aquí llamados morenos, poseen características propias.

Mi propia experiencia de nacido en Lima, con abuelo alemán y luterano, universitario en Italia, y trabajo de 19 años en la Universidad Católica, y luego en Cajamarca, con un territorio que sube y baja desde los 400 a los 4,000 metros sobre el nivel, y en gran parte rural, con habitantes mestizos, que hablan castellano con vocablos y giros quechuas, mentalidad y costumbres andinas, en cierto sentido me encontré en un medio extraño para mi anterior vida.

Hablaré de desafíos y líneas pastorales tratados, conversados y discutidos en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en octubre último en Santo Domingo, sin referirme directamente al texto por estar en espera de su aprobación por el Papa. Las orientaciones de Juan Pablo II expuestas en el discurso inaugural y en los mensajes a los indígenas y afroamericanos, y en sus palabras en la Audiencia General en Roma a su regreso, fueron valiosas para nuestro trabajo.

Este duró 16 días y fue intenso y agobiante con discusiones y opiniones diversas, algunas contradictorias, dentro de un marco fraterno, a pesar de temores habidos por dificultades surgidas para

llegar a acuerdos sobre ciertos puntos. Sin embargo, por la gracia de Dios, concluimos en un documento, que fundándose en el Vaticano II y siguiendo a Medellín y Puebla, señala líneas pastorales y prioritarias para la Nueva Evangelización, Promoción Humana y Cultura en América Latina y el Caribe.

Algunas aplicaciones son fruto de mi experiencia personal en más de 50 años de acción y servicio eclesiales, de los cuales más de 30 en la diócesis de Cajamarca

1. ¿COMO PROFUNDIZAR LA EVANGELIZACION HOY?

Desde Medellín 1968, América Latina ha avanzado inexorablemente estos últimos 25 años hacia opciones de madurez, que se reflejan en los esfuerzos de sus pueblos y dirigencias por salir de estructuras todavía injustas, y que aunque generan desarrollo, los frutos y esfuerzos no se reparten con la misma equidad

Sin embargo, el número de pobres en América Latina no deja de aumentar. La proporción de ellos en general sobrepasa el tercio de la población económicamente activa. La misma CEPAL nos habla de la Década perdida refiriéndose al período 1980 - 90, en que la producción no aumentó, sino que decreció.

Un caso de país al que este no-crecimiento produjo serios problemas fue el de Perú. En base a la experiencia peruana puedo presentar algunas reflexiones sobre el hoy y el futuro de la Iglesia en el continente.

Medellín fue la concreción de una actitud de los cristianos, y no solamente de la jerarquía católica, en el continente. El espíritu que sopló en Vaticano II se tradujo para la Iglesia, en un

compromiso certero e inequívoco por los pueblos de América Latina. El servicio eclesial exigía una toma de posición, primero y ante todo desde el Evangelio, y luego esta opción tendría importantes consecuencias en la inclinación o preferencia del trabajo pastoral. Se buscó ser fieles a Cristo mirando la realidad de la mayoría. Esto nos recuerda a la multitud que viene a escuchar la palabra del Maestro y los discípulos descubren que no tienen qué comer (Texto del Evangelio, Marcos 6, 34-44).

Compromete profundamente a nuestra Iglesia el tomar conciencia de su propia realidad, en esa época salpicada de retos para América Latina, cuando hay pueblos enteros que aclaran opciones y objetivos; y hay también muchas personas de buena voluntad que sucumben al ofrecer su vida por un ideal.

Se parte de una América Latina donde hay mayorías sin educación u otros servicios básicos, y donde aún hay élites que se oponen a las reformas sociales necesarias, so pretexto del peligro de la anarquía o el comunismo.

Se parte de una Iglesia que debe despojarse de muchos símbolos de poder para revitalizar su fortaleza evangelizadora, y en esta búsqueda de fidelidad a los valores centrales del Evangelio se encuentra a Cristo pobre, trabajador artesano, y a pueblos que se les niega participación en los beneficios de la industria, del comercio y de la técnica.

La reflexión teológica de aquellos años nos lleva a propugnar las medidas políticas necesarias para «salir del subdesarrollo», donde no era poca la influencia del mecanismo externo. Pero llegado el momento nos preguntamos por el mismo sujeto, por quién optábamos y la opción de nuestras Iglesias fue claramente a favor de su organización para ser pueblo así como en su reflexión y educación, para saber qué situación se vive y qué

estrategia se requiere en respuesta a una realidad de opresión. ¿Qué quiere el Señor de su Iglesia para efectuar la Alianza, en esos tiempos de América Latina? quiere que ese pueblo abandone los dioses extranjeros y los yugos de opresión para que camine hacia la tierra prometida, según lo que relata el Libro del Exodo. La Iglesia debe servir de signo vivo, transparentar en su propia vida la causa de amor y justicia que está presente en la Alianza a Dios y a su pueblo.

Muchos mártires han ofrecido su propia sangre para sellar este pacto, Obispos, religiosas, sacerdotes y a veces pueblos enteros han sufrido la muerte, por haber iniciado un caminar que no estaba en los planes o políticas de los poderosos.

Estas opciones evangélicas han mostrado pues un lado «peligroso» para el status quo... Es una Iglesia que ha denunciado estructuras injustas, políticas que no consideran lo humano; economías que están diseñadas para los grandes inversionistas y no los pequeños trabajadores; también denunció los mensajes y contenidos en los medios de comunicación social que no educan en perspectiva humana, sino que aturden, sensualizan, distorsionan contenidos, desvalorizan a la mujer, al niño, a la familia, ayudando más a la reacción emotiva, momentánea, individual que a la concertación razonada de ciudadanos que aspiran a mejores horizontes.

Desde el compromiso integral y profundo que propuso Medellín, hasta Puebla, donde se recogen y especifican opciones y lineamientos, podemos ver en el cuadro histórico de fondo, el proceso de años de trabajo de muchos cristianos como levadura en medio de su pueblo. Animando y promoviendo el Evangelio del trabajo de la liberación entre los gremios campesinos - lugar privilegiado de proclamación de la palabra para nuestra Iglesia - donde están las antiguas raíces de los quechuas, aymaras, mes-

tizos «cholos», etc. en cuyas culturas y pensamientos se implantó la creencia y la práctica de Cristo. En la Amazonía los Misioneros dieron su vida por vivir con los nativos, grupos pequeños de pueblos errantes o que cambian su lugar y que viven en comunión con la naturaleza. Con los afroamericanos: negros y mulatos, igualmente se aprendió a reconocer los valores comunitarios, religiosos y espirituales de aquellas culturas, para implantar en ellos la Palabra y luego dar continuidad a una presencia de Iglesia con una síntesis de Fe -Cultura, Fe- Vida, que no pocas veces ha sustentado el diseño de nuevas instituciones sociales y políticas.

2 LOS NUEVOS DESAFÍOS DE HOY.

La Iglesia Latinoamericana asume un gran reto al preocuparse de la suerte de las mayorías en contraposición al sistema social -y sus dirigentes- y pidiendo públicamente el cambio de ese sistema, sus políticas, valores, etc. Es el reto que implica la coherencia de su fe y vida.

- La Iglesia no sostendrá más, sin distancia crítica con su autoridad moral a la autoridad política; tampoco se condicionará a la mentalidad y proyectos del capitalista nacional o extranjero. En ambos casos, las primeras comunicaciones prácticas de denuncia profética, levantan una agresiva defensa de privilegios, y se acusó la lejanía o comunización de la Iglesia, cara a los sectores «pudientes».

- Se va definiendo líneas en defensa de derechos de pueblos, gremios, personas -del derecho del pobre y la viuda -y se organizan servicios legales y sociales para mejor atender estas necesidades en fases dictatoriales; esta opción cuesta muchas veces la marginación y aún persecución de la Iglesia

- Se afina un discurso evangélico que evangelice. ¿Cómo explicar en el amor la denuncia de la idolatría del poder y el tener, a quiénes antes se tenía cerca y sin crítica pública? Es un enorme reto por otro lado convertir a los ricos y poderosos en hermanos reales de los pobres.

- Los militares y sus doctrinas, ven como enemigo potencial al pastor parroquial o diocesano, que «hace política subversiva» -al criticar a la autoridad o sostener movimientos de huelgas o reivindicaciones de los trabajadores, o defender la vida e integridad de supuestos subversivos.

3. LIBERACION EN LA VERDAD:

OPCION POR LA VIDA Y LOS DERECHOS HUMANOS.

En el escenario de una guerra «civil» y subterránea, con muchas víctimas de nuestro pueblos, la Iglesia ha sostenido una palabra de denuncia contra la tortura, el «aniquilamiento», la destrucción y sobretodo el retroceso a concepciones que instrumentalizan a las personas.

Se ha luchado por la verdad, y por la vida, en los términos de los avances humanos de las civilizaciones modernas, que prefieren convencer y perdonar, que juzgar desde la venganza sea esta pública o privada. Se sigue también promoviendo la obra de la justicia que sancione según ley y garantías procesales a todo asesino, terrorista o torturador. Igualmente se ha proyectado jornadas de ayuno y reflexión por la Paz para animar a las Comunidades a persistir en desarrollar las propias organizaciones y a decir no al subversivo - terrorista.

En medio del sufrimiento los cristianos han perdonado a los asesinos de sus familiares y les han invocado a cambiar de camino.

Todo este caminar nos convence de la calidad humana y de la manera de vivir la esperanza. Es señal que los cimientos para una construcción social de un mundo solidario están ya entre nosotros.

4. UN JUICIO A NOSOTROS MISMOS.

Nuestra Iglesia, también ha debido convertirse, para hacer transparente su Palabra concordada con su Acción.

No pocas discusiones ha costado el ponernos de acuerdo -en confianza- en la pluralidad de opciones que puede cubrir el camino de la verdad. No es fácil comunicar y dialogar a partir de ubicaciones, roles y especialidades diferentes; sin embargo no han faltado entre nosotros constructores de diálogo, motivados por la propia Palabra de Cristo urgidos por el celo de construir una Iglesia que preste el servicio de la UNIDAD a todos los hombres y mujeres del continente.

Se ha resistido en los grandes momentos de prueba y se ha seguido avanzando, pero falta mucho todavía en una marcha que prefiere el diálogo de la práctica y la acción, más que el comparar las construcciones ideológicas, o el aplicar a rajatabla una auto-ridad sin intercambio de vivencias y puntos de vista.

5. EL PERDON EN LA IGLESIA DE AMERICA.

Somos Iglesia con una MISION TEMPORAL, pero continua y perenne que ha logrado llevar el mensaje y plantarlo con firmeza en muchas conciencias. Sin embargo, ha habido errores y faltas sobre los que debemos reconocer responsabilidad, pedir perdón a quiénes hicimos daño, para luego reconciliados en

acuerdo espiritual, proseguir en adelantar solidariamente el Reino Prometido.

El Santo Padre nos da testimonio cuando habla de su último viaje a Santo Domingo como un peregrinaje de acción de gracias y al mismo tiempo de expiación.

Delante de Dios pedimos perdón a quienes no hemos hecho hermanos, sino resentidos, heridos o víctimas. Ellos son los antiguos esclavos negros, los antiguos incas de las minas de oro y plata, los servidores -casi siervos plenos- de haciendas, casa, ejércitos y otras empresas. Los que hasta hoy por causa de raza o lengua, son marginados y ciertamente no gozan de igualdad de oportunidades.

¿Cómo reparar el daño que se ha hecho?, comprometiéndonos a profundizar una opción de acompañar, dialogar y respetar a esos pueblos sojuzgados, para que sean personas con posibilidad de desarrollar todas sus creatividades, pueblos con carismas y valores propios muy necesarios para la construcción de una sociedad justa en el pluralismo, en América y en todo este planeta.

6. UNA IGLESIA QUE MADURO EN AMERICA.

La 4ta. Reunión General del Episcopado de América Latina, acompañada por representantes de la Santa Sede y otros países y orientada por el propio sucesor de Pedro, nos habla de una realidad: es una instancia de diálogo en servicio a profundizar la Evangelización. ¿Qué Evangelización nos demandan el tiempo y sus signos? Es la nueva Evangelización que nos acicatea a dar de nuestro tesoro a otras Iglesias. A comulgar en la universalidad de la misión. Esto requiere también ajustar una pastoral al latido propio de la cultura de estos pueblos. El CELAM es una realidad

organizada para prestar este servicio a la Unidad y a la especificidad de una grave responsabilidad, seguir acompañando a un pueblo que persigue la liberación, la pide en sordo clamor, grita por ella desde su aflicción, y no le viene de ninguna parte.

Este es el espíritu que no se puede ahogar; desde él se revitalizará la misión de construir pueblos a la luz de esa Palabra Justa y de Amor que es CRISTO.

Barcelona, 12 de noviembre de 1992.

José Dammert Bellido,
Obispo de Cajamarca y
Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana

PALABRAS DIVERSAS A LA CONFERENCIA ANUAL DE EJECUTIVOS - CADE 92

RUMBOS PARA LA PAZ

Estamos en un momento del país en el que pareciera que la ofensiva de la violencia terrorista está debilitándose. Debemos felicitarnos por los éxitos logrados en ese campo. Sin embargo, como ha sido dicho por el Presidente de la República, no hay que bajar la guardia. En esta exposición quisiera proponer una manera complementaria de entender este importante llamado a no bajar la guardia. Nosotros los obispos no somos expertos en técnicas contrasubversivas pero sí es antigua nuestra preocupación por la paz. Por eso, voy a presentar algunas reflexiones personales sobre ciertas condiciones necesarias para una paz verdadera en nuestra Patria que deben irse creando simultáneamente a la aplicación de las políticas del Estado directamente dirigidas a derrotar al terrorismo.

I. Dimensión social y personal de la paz.

La paz no es simplemente la ausencia de acciones violentas, ni siquiera de las abiertas y mortales. La paz es, por un lado, un ambiente social que estimula la plena expresión de la personalidad y las iniciativas individuales y colectivas, pero también es una situación interior, personal e íntima. La Iglesia toma en cuenta ambas y llama tanto a la conciencia de las personas como a las estructuras sociales injustas que parecen ser independientes de dicha conciencia, externas a cada persona y fuera de su control y responsabilidad. Permítanme tratar algo más este ángulo del problema para así establecer con claridad el porqué de la preocupación social y personal de la Iglesia.

De hecho, ambas dimensiones, la del orden social y la de la conciencia personal están relacionadas. Una mala conciencia resultante de la falta de atención a las demandas del otro, hermano en Cristo por voluntad del Padre, quita tranquilidad interior, restringe la creatividad, pone a la defensiva, favorece la intolerancia. Nadie queda tranquilo cuando no ayuda en sus necesidades a su hermano, a su padre y a su madre por muy fuertes que sean sus razones. Cuando la mala conciencia se convierte en conciencia nacional, racial, de clase u otra, el conflicto también se hace conflicto entre naciones, razas, clases o cualquier otra colectividad. Nuestra exigencia como pastores de la Iglesia, en primer lugar a nosotros los católicos, es la de construir la paz tanto en la sociedad como en el corazón de las personas. Tras el primer acto de violencia, la respuesta de Caín frente al requerimiento de Dios por el destino de su hermano fue tan clara como reveladora: el asesino contestó «No sé. ¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?» (Gen. 4, 9). En su conciencia, el asesino sabía bien cual era su responsabilidad: no era simplemente la de «no matar» sino mucho más exigente, la de cuidar del hermano. Pero en segundo lugar, ¿cómo pudo ocurrir un crimen tan inmediato al paraíso? ¿con qué motivo? Algún virus se había introducido en ese imaginario embrión de la sociedad. Ese virus de la violencia fue el que facilitó que Caín contestara de esa manera. En esa cultura infectada, al asesino le pareció una defensa convincente ante Dios contestar de esa manera: no tenía porqué ser responsable por el otro. La violencia está así directamente asociada al egoísmo convertido en actitud normal, en indiferencia institucionalizada, en orden social. Cuando esto sucede, el daño causado al hermano no impacta a la conciencia de las personas pues parece resultar de mecanismos impersonales, ajenos a la responsabilidad personal o del Estado. Por esa razón, al no ser responsabilidad de nadie en particular, esos perjuicios causados no son denunciables ante la ley, son producto del mercado. Por esa razón, el lugar del mercado debe ser claramente establecido en esa reforma consti-

tucional. La Iglesia considera el mercado fundamental para el funcionamiento de la economía pero su legitimidad moral depende de varios factores. Como acabamos de afirmar en Santo Domingo:

«No puede haber una economía de mercado creativa y al mismo tiempo socialmente justa, sin un sólido compromiso de toda la sociedad y sus actores con la solidaridad a través de un marco jurídico que asegure el valor de la persona, la honradez, el respeto a la vida y la justicia distributiva, y la preocupación efectiva por los más pobres» (C195).

La paz no es, pues, no cometer actos de violencia; es atendernos entre todos, ayudarnos mutuamente a progresar, es construir un orden social sin desamparados, sin hermanos abandonados a su suerte. La paz no se construye dejando de quitarle a otro la oportunidad de vivir; se la conquista ayudándole a poner en marcha su iniciativa empresarial, artística, política, científica o misional. Esta construcción social promotora de la libertad debe expresarse en la reforma de la Constitución del 79.

II. Desarrollo: nuevo nombre de la paz.

Acabo de indicar que, en el fondo, construir la paz no es eliminar la violencia y tampoco es impedirle antes de que surja; es, más bien, promover la libertad, la iniciativa, el pleno despliegue de las diversas potencialidades humanas puestas por Dios a disposición de todos sus hijos sin discriminación. Si el «Desarrollo es el nuevo nombre de la Paz» como indicó Pablo VI, es por eso; porque el desarrollo debe ser entendido como la búsqueda del ejercicio más pleno posible de la libertad otorgada por el Creador.

En nuestro país y en muchos otros de América Latina, la más generalizada restricción para ese pleno ejercicio de la libertad es

el subdesarrollo y su principal expresión, la pobreza. La pobreza quita la libertad para escoger la manera de vivir, frustra al que imagina iniciativas y, cuando las carencias biológicas y frustraciones se hacen crónicas, quita hasta las ganas de vivir, la energía vital y la creatividad. La actual creatividad popular en el trabajo empresarial, en la organización de la distribución de productos, en la defensa de su ganado, se ejerce a pesar de la pobreza, no gracias a ella. Ni desde un punto de vista cristiano, y creo que tampoco desde un enfoque científico, la pobreza no puede ser vista como el estímulo o acicate necesarios para la iniciativa, el esfuerzo y la creatividad.

De hecho, si la pobreza se convierte en la herramienta principal del desarrollo, en la ventaja competitiva clave para exportar, ese desarrollo alimentará la desigualdad y la violencia. Si el desamparo del trabajador se convierte en la manera de asegurar que acepte el salario que nos haga competitivos estaremos estimulando el conflicto. Todas las Encíclicas papales son meridianamente claras al respecto: la dignidad del trabajador es la clave de un desarrollo socialmente autosostenido y estable.

En la Palabra de Dios, el mensaje es nítido. Para no ir muy lejos de la referencia bíblica utilizada en el punto anterior, podemos extraer la última parte de la contestación de Dios a Caín donde dice: «Aunque labres el suelo no te dará más fruto». (Gen. 4, 12). Si el desarrollo es, como Uds. saben mejor que nadie, aumento de la productividad y mayores rendimientos del trabajo, la relación entre el desarrollo y la paz es directamente establecida: el egoísmo y la violencia tienen como consecuencia la ineficiencia del esfuerzo productivo para satisfacer las necesidades de la sociedad. Este texto bíblico, como seguramente Uds. saben, no pretende ser histórico; pero sí resulta de la larga historia del pueblo judío por lo que debe ser visto también como una lección de experiencia. De todo lo anterior llego a la conclusión de que

«no bajar la guardia» en el Perú de hoy significa impulsar el desarrollo, impedir por todos los medios la pobreza extrema, estimular la creación de puestos de trabajo bien remunerados, ofrecer buen precio a los campesinos. Pero también es dable la conclusión de que para desarrollar la economía en paz y democráticamente hace falta erradicar el egoísmo y la discriminación en el Perú.

La función social del empresario es cada vez más reconocida por todos; también lo es que cuanto mayor sea la innovación tecnológica menor es la exigencia de bajar salarios para competir. Resulta por tanto urgente un cambio en la política económica que estimule la inversión, la renovación del capital, el aumento estable de la producción y de la productividad. Esto, junto a una política redistributiva sustentada en una amplia distribución de la propiedad y de las oportunidades crediticias para generar empresas, en una mayor austeridad en las pautas de consumo de los sectores de mayores ingresos y un mayor ahorro, en una legislación laboral que cautele el derecho de los trabajadores a llevar lo suficiente a sus hogares y en una política agraria que estimule el aumento de la productividad en el campo son la mejor garantía posible de una paz duradera y de la derrota definitiva del terrorismo actual

III. Construir la paz en el Perú sembrando justicia.

Siguiendo las consideraciones anteriores voy a terminar formulando algunas preocupaciones más concretas que surgen de mis vivencias como ciudadano peruano y como pastor. Se trata de algunos puntos entre muchos otros, que no pretenden agotar los asuntos importantes ni establecer precisiones para las cuales no estoy técnicamente preparado.

Sin embargo ya Pablo VI manifestó que «la Iglesia es experta en humanidad», y la cercanía a las personas y pueblos, permite a los pastores compartir las situaciones de dolor e ignorancia, de pobreza y marginación, los anhelos de justicia y liberación y sostener una pastoral del trabajo para promover y defender el valor humano del trabajo.

En la construcción de la paz resulta también imprescindible un orden político que permita la asunción de responsabilidades por un creciente número de ciudadanos. La democracia no es simplemente un asunto de opinión consultada; es compartir cargos y riesgos. La concentración de decisiones es, en ese sentido, dañina para la democracia y para la paz.

Los peruanos necesitamos un orden jurídico que se cumpla, dado que «una auténtica democracia -según Juan Pablo II- es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana... Un Estado de derecho, en el cual es soberana la ley y no la voluntad arbitraria de los hombres». (Encíclica CENTESIMUS ANNUS, Ns. 44 y 46).

El orden constitucional que necesitamos debe incluir los mecanismos que efectivamente permitan.

a) Sancionar el incumplimiento de las promesas políticas. Quizá la revocabilidad sea la manera pues bien sabemos estos días en América Latina la tensión que produce la permanencia de gobiernos que han frustrado las expectativas ciudadanas.

b) Corregir la exclusión ciudadana de las decisiones públicas promoviendo una participación efectiva y una fiscalización permanente desde los gobiernos locales hasta arriba. Bien sabemos que el ocultamiento de la información y el secreto es una de las fuentes de la desconfianza en los gobernantes y del conflicto contra el Estado.

c) Acabar con la impunidad de los que delinquen tras la protección del Estado, el miembro del Estado tiene que dar el ejemplo en el cumplimiento de la ley para exigir su cumplimiento con autoridad y deslegitimar el recurso a la violencia.

d) Sancionar a los funcionarios corruptos y a los que contribuyen a esa corrupción para lograr beneficios particulares; la postergación en las gestiones es una de las fuentes más permanentes de indignación ciudadana.

e) Asegurar un sistema judicial realmente independiente de toda ingerencia por parte de otros poderes del gobierno o de sectores económicamente poderosos del país; sabemos de la impotencia que genera la injusticia;

f) Respetar el principio de que «la duda favorece al reo», el de la irretroactividad de la ley, la garantía del debido proceso, la vigencia plena del Habeas Corpus y el Recurso de Amparo.

g) Facilitar el conocimiento previo de los proyectos de ley en materias básicas (transparencia).

h) Asegurar el acceso de todos a un sistema de salud gratuito y de calidad, así como a la educación básica y técnica imprescindible para defenderse en la vida.

i) Proveer los recursos para los jubilados cuyo destino es terrible tras la utilización indebida de los fondos que aportaron durante toda su vida.

j) Sostener siempre la cultura y la vida, la que surge desde la concepción y dura hasta el último suspiro natural, por lo que arrebatar la vida violentamente sea por asesinato, sea por condena, constituye ser secuaz de una cultura de muerte.

Concluyo expresando que para un efectivo resurgimiento de la sociedad y estado peruano, debemos abrir puertas y corazones al diálogo. Debemos escucharnos todos, hacer un esfuerzo para comprender diferentes puntos de vista, para resolver divergencias en forma fraterna y humana. Si miramos la historia de nuestro país encontraremos también otros momentos de prueba, de los que se supo salir con esfuerzo y sacrificio.

El Señor pide que continuemos la obra de la Creación -que puso a nuestro cuidado- en el esfuerzo individual sí, pero construyendo la solución en comunidad para así enfrentar las graves pruebas que nuestro país vive en la última década del milenio.

Ica, 06 de diciembre de 1992.

José Dammert Bellido,
Obispo de Cajamarca y
Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana

Impresión

Asociación Impresiones y Publicaciones

"Obispo Martínez Compañón"

Jr. La Mar 484 - Telf. 922175

CAJAMARCA



PUCP - BIBLIOTECA



55543200292146

